

**PRESENTACIÓN DE “12+1, UNA ANTOLOGÍA DE POETAS MADRILEÑ@S
ACTUALES”**

Librería Fuentetaja
Madrid, 30 de mayo de 2012

Muchas gracias a todos.

En primer lugar, a la editorial Endymion, y a su propietario, Jesús Ayuso, por haberse atrevido con este proyecto y por habérmelo encargado. Hace falta mucha valentía para las dos cosas. Y a librería Fuentetaja por cedernos este lugar, cargado de historia y de recuerdos. Si la Poesía, como querían los surrealistas, significa subversión y catarsis nada más apropiado que este lugar, bodega primero, caja fuerte después, sala de reuniones con aires de catacumba ahora, para rendirle tributo.

En segundo lugar, a Luis Alberto de Cuenca y a Manuel Juliá por haber aceptado tomar parte en la presentación.

Luis Alberto no tiene por qué saberlo pero él uno de los causantes remotos de que esta antología vea la luz. Los otros son Luis Antonio de Villena, Ramón Mayrata, Javier Lostalé y Eduardo Calvo. Los cinco tomaron parte en una antología titulada **“Espejo del amor y de la muerte”** editada en 1971 por Azur, y que cayó en mis manos poco después de los **“Nueve Novísimos”** de José María Castellet. El efecto combinado de ambas antologías funcionó sobre mi impresionable ánimo juvenil como un potente virus del que ya no me he librado. Y de aquellos polvos, estos lodos. Tardíos y un poco a trasmano. Pero lodos al fin y al cabo.

Con Manuel Juliá he trabado contacto más recientemente y su libro **“Cuarenta latidos”** me ha reconciliado con eso tan raro que, con perdón de Marta Agudo quien de esto sabe, se llama prosa poética. La prosa de Manuel lo es hasta cuando escribe de fútbol. Mucho y bien, por si alguien no lo conoce.

Y en tercer lugar a todos ustedes. La mayoría sois reincidentes. Estuvisteis en esta misma húmeda catacumba la semana pasada con ocasión del ciclo de poesía de primavera de Endymion / Fuentetaja, en el que participaron buen número de los poetas antologados. Por algo será.

Y ese algo es la Poesía. La Poesía que si en cualquier época y circunstancia es una actividad indispensable, lo es más si cabe en épocas como la que vivimos.

"... Poesía necesaria / como el pan de cada día / como el aire que respiro veinte veces por minuto / para ser, y en tanto somos / dar un sí que glorifica" en los cantados versos de un gran poeta que no está de moda.

Y en cuarto lugar, pero no el menos importante, a los poetas antologados. Gracias a Begoña, a Jaime, a Francisco, a Julio, Julieta, Marta, Alfonso, Pablo, Luis, Rebeca, Antonio, Raúl, Alex. Algunos no han podido estar aquí de cuerpo presente. Pero su alma no está ausente porque están sus versos.

Lo digo en el prólogo y lo repito ahora: haberles antologado ha sido fácil y agradable.

No me lo esperaba. Principalmente porque mi experiencia como antólogo era nula. Esta antología ha sido posible, ante todo, gracias a su entusiasmo y a su disciplina.

Al final va a resultar que los poetas – o al menos estos trece poetas - son mucho más metódicos, disciplinados y previsibles que eso que ahora se denomina "los mercados financieros" y que no es sino una colección determinada y finita de nombres, apellidos y logos perfectamente identificables - y citables si es el caso ante un tribunal - pese a su deliberado intento de camuflarse tras semejante eufemismo. Si alguien tiene voluntad de identificarlos y de hacerles responder de sus fechorías, claro está.

El prólogo de este libro lleva, no por casualidad, el subtítulo de "Justificación de antología y defensa de antólogo" y comienza afirmando que "Toda antología es arbitraria. Y toda antología de poesía es doblemente arbitraria". En las siguientes cinco

páginas eludo responder a la pregunta de *por qué* esta antología (que, si tiene respuesta, debería darla más bien el editor) y trato de responder a la pregunta *cómo*. Si alguno tiene interés, puede leer esas breves páginas y no voy a repetirlas ahora.

Prefiero dedicar los siguientes dos o tres minutos a explicar por qué me parece que la Poesía sigue siendo útil, más útil aún si cabe en tiempos de crisis que de bonanza.

Mi línea argumental es simple y, en buena medida, conocida. No está claro que los seres humanos seamos los únicos animales que sueñan. Recientes experimentos desarrollados en el Centro para la Memoria y el Aprendizaje del IMT sugieren que los patrones de actividad cerebral identificados cuando las ratas corrían por un laberinto circular, y por lo que eran premiadas con granos de chocolate cuando llegaban a las tres cuartas partes del camino, se repetían cuando los roedores estaban durmiendo.

Estos patrones fueron detectados en grupos neuronales del hipocampo, un área involucrada con la formación y el almacenamiento de la memoria. Y se reprodujeron durante fases del sueño que en los humanos están muy relacionadas con los sueños.

Esos patrones fueron tan precisos, que los investigadores pudieron determinar en qué lugar del laberinto se encontraría la rata si estuviera despierta, y si se hallaría quieta o en movimiento.

"Seguramente el animal está evocando recuerdos de aquellos hechos que ocurrieron cuando estaba despierto, y hace lo mismo mientras duerme, soñando", afirmó Matthew Wilson, director del equipo investigador del MIT. Wilson agregó que la investigación no es una prueba definitiva de que los animales sueñen. Pero señaló que, dado que soñar es fundamentalmente una experiencia subjetiva, este tipo de evidencia es lo máximo que pueden lograr los científicos. "Nuestra capacidad para pedir al animal que cuente el contenido de esos estados es limitada", ironizó Wilson.

Solo en este punto me atrevo a corregirle: lo limitado por el momento es nuestra capacidad para conseguir que nos respondan a la pregunta y, llegado el caso, para entender su respuesta.

En resumen, no está claro si los ratones sueñan. Pero sí que los humanos somos, por el momento, los únicos seres vivos conocidos que podemos contar - a nosotros mismos y a nuestros semejantes - nuestros sueños. Y a menudo lo hacemos.

En mi modesta opinión, la Poesía, en la acepción más amplia de la palabra, surge de ahí. Estamos hechos, nos construimos y nos deconstruimos, partiendo de, y volviendo a, la materia prima de la que están tejidos nuestros sueños. Y la forma – oral primero, gráfica y escrita luego – más primaria de expresión de esos sueños es poética. Es decir, está hecha de introversión y de extroversión, de sentimientos y de sensaciones, de ritmo, de imágenes, de metáforas...

Y si no podemos vivir sin soñar – aunque a veces no recordemos, o no del todo, lo soñado – es lógico que no podamos vivir – o no sin carencias, o no plenamente - sin expresar lo soñado. Para eso necesitamos el arte. Y el instrumento artístico más democrático por más accesible es la palabra.

Por eso, controlar la palabra, desvirtuarla, apropiársela, ha sido siempre tarea esencial de las dictaduras. Las de los Estados, naturalmente, como la historia de los totalitarismos demuestra. Pero también la de los mercados.

Durante los últimos dos o tres decenios la mercadotecnia financiera nos ha ido envolviendo, contaminando, con su propia jerga mistificadora. De forma que ahora se llama “contabilidad creativa” a lo que en muchos códigos legislativos está descrito hace tiempo como “falsificación de balances” y/o “falsedad en documento público”. O “hacer negocios” a lo que la legislación denomina “maquinación para alterar el precio de las

cosas” o, simple y llanamente, “fraude”. O “visión prospectiva y globalizada” a la desfachatez pura y dura.

De ahí que el esfuerzo por llamar a las cosas por su nombre de siempre; o, lo que a menudo viene a ser tan necesario o más que eso, a inventar nombres y modos de decir que no oculten sino que develen, que no mistifiquen sino que alumbren, que no engañen sino que clarifiquen, me parece aún más importante en tiempos como estos. Ya que pretenden robarnos el producto de tantos esfuerzos y tantos sacrificios que por lo menos no nos roben también la capacidad de nombrar.

Porque si los humanos no podemos vivir sin soñar tampoco sabemos vivir sin nombrar; es decir, sin producir términos, frases, versos, párrafos significativos para nosotros mismos y para los otros. Que, en buena medida, son también uno mismo. Pocos géneros literarios tienen tanta capacidad para hablarle, al mismo tiempo y con tanto significado, al autor y al lector (u oyente) como la Poesía. En pocos las palabras tienen, o pretenden tener, tanto significado.

En el fondo esta antología reivindica eso: la capacidad de nombrar y la fuerza para significar. Lo que, desde luego, incluye también al silencio. Porque, como hace un par de días leí en un artículo de Carlos Marzal sobre la pintura de Edward Hopper, momentos hay en que todo está dicho, nada más queremos oír, y hartos de palabrería y de ruido, deseamos tan solo la escucha: la de nosotros mismos y la de los privados ámbitos que nos acogen.

Para acabar descubriendo al poco, en el cerrado ámbito de la soledad, de la indefensión o del abandono, cual “nómadas sorprendidos en un instante sedentario” dice Marzal, que también ahí anida esa pulsión que ni nos deja ni se deja. La de ser-diciendo o la de decir-siendo. La de nombrar lo inefable. Aunque sea con la boca cerrada, o con murmullos casi imperceptibles y para nosotros mismos.

Mi buen amigo y Hazverso mayor del Reino, Jaime Alejandro, sostiene que la Poesía es, en gran medida, “un acto insensato de rebeldía, de resistencia desarmada”

protagonizado por una tropa de entusiastas “que hilan incorruptos su labor desoyendo los vanos reclamos de los hombres y los inanes cantos de seducción del Tiempo”.

No estoy seguro de compartir todos y cada uno de los términos de tan sugerente definición pero sí comparto el fondo que la inspira. Tal vez porque a los dos nos gustan Espronceda y viajar y en nuestro interior anida un romántico incurable.

Sin duda, hay muchas otras antologías y muchos libros de poesía actuales que también hacen todo eso. Pero esta antología, desde luego, lo hace.

Por eso me gusta. Por eso me parece significativa. Por eso se la recomiendo.

Muchas gracias.

Alberto Infante